

El escritor

*Existe un río cuyas aguas dan la inmortalidad;
en alguna región habrá otro río cuyas aguas la borren*

*Homero y yo nos separamos en las puertas de Tánger;
creo que no nos dijimos adiós*

*Jorge Luis Borges
'El inmortal'*

Jorge Luis Borges, en su célebre obra 'El inmortal', cuenta la historia del viajero que busca el río que le dará la inmortalidad ('el río secreto que purifica de la muerte a los hombres'). Lo encuentra, se convierte en inmortal y conoce a los que ya lo son. Entre ellos a Homero que pasa a ser su compañero de viaje por algún tiempo.

No me entretendré en las consecuencias que hacerse inmortal acarrea, menos halagüeñas de lo que cabría esperar. Pero, ¡qué suerte conocer a Homero y que te muestre cómo escribió la Odisea! O que te hable de la inmortalidad, la que te evita la muerte física; y, sobre todo, la que da la literatura, el arte en general, la de los grandes maestros que siempre pervivirán aunque sus cuerpos desaparezcan.

Me hubiera gustado conocer a Homero, aunque he de confesar que más me hubiera gustado conocer a Borges. Y oírle cantar aquel famoso tango.

Todos recurrimos a algún referente cuando un día, por razones tan peregrinas como un confinamiento, necesitamos escribir algo, pequeños relatos unos, libros sobre su vida otros, novelas los más. Algo que nos ayude a recordar momentos importantes de nuestras vidas, ya lejanos, pero presentes en el desdibujado recuerdo.

Yo tengo un amigo escritor, mi referente, del que hoy quiero hablar. Probablemente no llega al nivel de Homero, ni de Borges, aunque eso la historia lo dirá. Pero escribe, escribe bien, escribe mucho. Tiene la osadía de dejarme leer sus borradores para que yo descargue mi envidia con aceradas críticas, que él acoge con su habitual sonrisa.

Todos estos años, agazapado, he ido aprendiendo de esas lecturas y ahora, a mis setenta años, me he atrevido a escribir modestos relatos que me ayudan a revivir tiempos en que fuimos jóvenes y quisimos cambiar el mundo. Y además se los mando para que me los critique, un poco para que se venga y otro poco para mejorar mi pobre escritura con sus correcciones y sugerencias.

Mi amigo, como yo, militó en el PCE(m-l), estuvo dos años en la cárcel de Carabanchel, un año en el exilio. Luego nuestras vidas tomaron caminos distintos, pero siempre hemos vivido a menos de 25 km de distancia, lo cual facilita mucho las cosas.

Como alguien avezado en el duro mundo de la clandestinidad de aquellos años, tuvo varios nombres: Juanjo, Teo, Juan, Juan Gato para la literatura. Yo le llamaré Juan, que es el nombre fonéticamente más corto. Y contaré un poco su, nuestra, historia.

En agosto de 1971 y tras un corto viaje a Albania, asistí en París a la conferencia de la Juventud Comunista marxista-leninista. Yo era el representante del País Valenciano y, cuando ya estábamos todos y había comenzado la reunión llegó el representante de la organización en Alemania. De mi edad, alto y delgado, lo que me impresionó era su grave voz de bajo y el aplomo y seguridad con que hablaba. Pensé que nuestra organización en Alemania sería muy potente, visto su representante. Era mi Juan. Todavía allí no dio muestras de su calidad literaria, no era el momento ni había lugar para ello, pero sí de su capacidad oratoria.

Impresionado y reconfortado me volví a Valencia. Dos años después tuve que salir corriendo, pasé a la clandestinidad y me mandaron a Madrid donde el Partido había sufrido un brutal descalabro como consecuencia de las manifestaciones del primero de mayo de ese 1973. Allí, en una de aquellas rocambolescas citas, contacté de nuevo con Juan, recién llegado de Alemania. Nuestra misión era reconstruir el Partido. Duramos un mes. Fuimos detenidos y ya he contado en otro lugar mi posterior periplo.

Lo curioso es que desde aquel momento y hasta el año 1976 nuestras vidas fueron idénticas. En Carabanchel por fin, me enteré de su verdadero nombre y vida, compartí un par de meses celda con él, por supuesto compartí sumario del Tribunal de Orden Público, compartí condena, compartí exilio, compartí vuelta a Euskadi en 1976.

Y si, en Carabanchel, por fin, conocí su calidad literaria, la gran cultura de alguien que en el seminario y en su periplo europeo había tenido tiempo para leer de todo. Diría que su prosa, su poesía y su verbo estallaron en aquellos dos años. Compuso teatro, compuso poesía, introdujo un poco de cultura y divertimento en nuestra vida. Aquella obra de teatro en que yo, en el papel menos importante, decía aquello de '¡qué maravilla!, nuestro ejército está ya en Sevilla' y en la que él hacía el papel de obispo de modo ejemplar; aquella oda a Cipriano Martos, asesinado por la Guardia Civil en Reus; aquellos cantos de libertad.

Quizás el espíritu revolucionario menguaba un poco la calidad, pero se veía que allí había un gran escritor.

Tras la cárcel llegamos a París, vivimos las grandes movilizaciones de aquel otoño contra la dictadura franquista. Nunca olvidaremos aquella angustiada noche en vela en Trocadero, junto a miles de antifascistas de todo el mundo, cuando Franco fusiló a tres camaradas nuestros y a dos miembros de ETA, era la madrugada del 27 de Septiembre. Ni cómo París se convirtió en una enorme fiesta aquel 20 de Noviembre al morir Franco, por fin.

También participamos en una enorme marcha hasta la frontera de Hendaia. Fue un día magnífico en el que él, además, dio importantes pasos hacia aquella camarada tan guapa y tan rubia, de hecho se duchó con ella, durmió con ella.

Seguimos militando. Juan fue elegido para tareas literarias. Fue nombrado director y redactor jefe de la Agencia de Prensa España Popular (APEP), la agencia de prensa oficial del FRAP, que se dedicaba a expandir la verdad a los cuatro vientos. Los vientos no debían ser muy

fuertes porque aquellos despachos de prensa muy lejos no llegaban, a pesar de su indudable calidad literaria.

Yo era el responsable del Partido en París y me ocupaba de las reuniones de los camaradas del interior con la dirección que venía de Ginebra, lugares que amigos franceses solidarios nos prestaban para ello, en fin: infraestructura. También de la dirección política de los camaradas que vivían allí o pasaban temporadas por razones de seguridad.

Además Juan y yo compartimos un trabajo, el más interesante de todos mis años de militancia: formamos parte de la Comisión de Relaciones Exteriores del FRAP. Aquello fue realmente una gran escuela para la vida futura, al menos yo lo valoro así.

Conocimos a miembros del Gobierno de la República Española en el exilio y a muchos viejos refugiados; asistimos a ritos masones con ellos; visitamos periódicamente a Josep Tarradellas, para mí un personaje entrañable. Y, en general, el afectuoso mundo de los exiliados de la guerra nos acogió a pesar de las barbaridades que nuestro periódico oficial –Vanguardia Obrera– decía sobre sus partidos.

Conocimos también mucha gente de otros países, con sus propias luchas y circunstancias. Nos entrevistamos con el Frente Polisario, aquellos guapos representantes que tanto gustaban a las camaradas. Conocimos al FLN argelino a través del responsable político de la embajada, todo un personaje del que tanto aprendimos en cuanto a protocolos, formas y diplomacia. Entramos en la Asamblea Nacional francesa a reuniones con diputados de la izquierda que se encargaban de recordarnos lo sectarios que éramos.

Sin hablar de los partidos marxistas-leninistas europeos de los que se podría hacer una entretenida novela, que no sé si algún día escribiré Juan. ¡Ah! Y los partidos marxistas-leninistas latino americanos, esos daban para una novela gorda, de realismo mágico. Recuerdo que a veces alguno de ellos me pedía que hiciera de introductor e intérprete con los compañeros argelinos, importantes para ellos porque eran los que les podían ayudar económicamente, no en vano gobernaban su país. Soy incapaz de reproducir aquellas alambicadas y unidireccionales charlas en las que el camarada y yo estábamos en un lado de la mesa y el argelino en el otro (¡las formas!, cuando iba yo solo se ponía en mí mismo lado de la mesa, había que distinguir entre amigo y viasitante). Pero recuerdo perfectamente las miradas que me dirigía el del FLN mientras escuchaba respetuosa pero silenciosamente.

También recuerdo intensamente las charlas periódicas con un miembro del servicio de inteligencia de la policía francesa –el ‘*Deuxieme bureau*’– previa citación oficial. Eran charlas distendidas y amables en las que se hablaba de la situación en España. No me quedó claro nunca su objetivo, nunca hubo ningún aviso, norma o amenaza. Creo que el objetivo era solo: ‘Ojo, estamos pendientes, ceñiros a las normas del refugio político’. No sé. Solo que, comparado con el trato brutal de los asnos de la BPS española, no guardo malas sensaciones de aquellas entrevistas.

París fue una gran escuela para nosotros, aunque el futuro literario de Juan tuvo que esperar, allí no había tiempo para escribir más allá de los panfletos-comunicados. El amor, sin embargo si le llegó allí, por fin. Fue al tercer intento, pero llegó. Preguntadle.

En el verano de 1976 huimos de París, tras un frustrado intento del Partido de zurrar a mi amigo y tras fuertes discusiones sobre los sucesos del año anterior, los asesinatos de policías por el FRAP.

Dejamos todo aquello y volvimos. Juan a su Rentería natal y yo, tras un periodo de año y pico de mili, a Bilbao y un año después, en 1979, a Donostia.

No me atrevo a contar su vida porque ya la ha escrito él –algo disimulada, si- en sus libros, que siempre son bastante autobiográficos. Aunque podría contar, podría. Aquel amor de París que terminó casi nada más volver, aquella chica que se fue al extranjero con el corazón roto. Y el amor, el amor que aún perdura, Marisa.

Y en estos cuarenta y tantos años que hemos compartido la vida, las salidas con los hijos, los viajes, las comidas de aniversarios, Juan ha escrito mucho: desde aquel primer libro titulado ‘La estrategia de la sardina’, tan personal, hasta el muy reciente, ‘El Sirius’, pasando por cuentos para niñas y poesía, mucha poesía. En todos los acontecimientos sociales de estos años –bodas, cumpleaños, fallecimientos- él ha sido el vate que nos ha resumido el momento.

Ha sido nuestro Homero, nuestro Borges, nuestro Juan Gato. También el que nos ha iluminado en todas nuestras tertulias y discusiones encargándose siempre del resumen-síntesis final.

Cuando lo veo de pie, en las celebraciones, recitando o leyendo lo que ha preparado lo vuelvo a ver en aquel 1971, en la reunión de las juventudes marxistas-leninistas con la misma voz de bajo, sin canas todavía, con el mismo aplomo y pienso: ¿es un escritor?, ¿es un poeta?, ¿o es, sobre todo, un actor?, ¿o quizás es un cómico de la legua renacentista que solo representa sus propias obras?

Y entonces recuerdo a Pessoa:

*O poeta é um fingidor.
Finge tão completamente
que chega a fingir que é dor
a dor que deveras sente.*

P. Orenga